

nos viviera muriendo ella, vuestro honor, yo vengo de la manera que la liviandad de vuestra muger me tiene, quanto ha que partistes de Vngria, y porque no son casos que pueden estar secretos, ni lo han estado. Sabed, que desde que os fuistes, me ha tenido en vna jaula de hierro, como leon, ò tigre, ò otra bestia fiera, dandome de comer por tassa, no dexandome cortar la barba, ni cabellos, ni mudar vestido, ni camisa, por que enamorada de mi, descubrió su lascivo amor, pidiendome remedio a èl prometendome con vuestra muerte, hazerme dueño de su hermosura, y de vuestro Reyno: y porque yo cumpliendo con la deuda, que a mi Rey, y hermano soy obligado, me ha hecho passar la vida que ois, y en mi persona veis, baxado cada dia a persuadirme, cumplierse con su liviano, y lascivo amor, ò que alli me avia de dexar morir hasta oy; que como supo, que ya estavades tan cerca, me llevó vestidos, y diò libertad, pidiendome con lagrimas, y ruegos, que no dixesse lo que avia passado; mas yo, que estimo mas vuestro honor, y vida, que la mia: no quise oirla, ni hazer lo que pedia, sino venir así a daros quenta de lo que passa, y del peligro en que està vuestra vida, si la libiana, y traydora Reyna no muere, porque si bien, por mi parte, y por guardar el decoro que os devo, no ha tenido efecto la ofensa, para vn Rey, y marido, basta averla intentado, y quien ha hecho vna, no dexará de hazer otras muchas, pues

podrá ser, acuda a otro de menos obligaciones que yo, que siguiendo su parecer os ponga en las manos de la muerte: Esta es la santa, la virtuosa, la cuerda, y honesta Beatriz, que tanto amais, y estimais? Ya delante de vuestros vassallos, y Cavalleros, os he dicho lo que me preguntais, y tanto deseais saber, porque si se disculpare, con vos, contando estas cosas de otra manera, culpandome en ellas para disculparse a si, como puede ser que lo haga, que las astucias de las mugeres, quando quieren apoyar su inocencia, y encubrir sus traiciones, y mentiras son grandes. Creed, señor, que esta es la verdad, y no la que la Reyna dixere, que ni yo le levantara este testimonio, si fuera mentira la que digo, ò pudiera sin hazerme acusador publico, advertiros de su viciosa vida de otro modo, ò procurara dezirla con menos testigos de los que están presentes; y si a vos, señor, ò a qualquiera destes Cavalleros, les parece, que lo que digo, no es la verdad misma; aqui estoy para sustentarla, y qualquiera que en campo quisiere defender la parte de la Reyna, porque se crea, que quando yo me dispuse a facer la cara, en cosas tan pesadas, y donde està de por medio el honor de vn Rey, y hermano mio, ya fue dispuesto a ponerme a todo riesgo: Mas si vos, señor, forçado del amor que la teneis, dissimulando vuestra afrenta, la quisieredes perdonar, vuestra voluntad es ley; mas yo tengo de estar donde

ver con mis ojos vna muger , que
 sin considerar, que foy hijo del Rey
 Ladislao (que Dios tiene) me qui-
 so hazer instrumento de la afrenta,
 y agravio de su esposo , siendo mi
 Rey , y mi hermano , y assi desde
 aqui os pido licencia para irme, sin
 bolver mas a la Ciudad, a las Villas
 q̄ me dexò el Rey mi padre, y vues-
 tro , a reparar del mal estado en que
 me hã puesto sus deshonestas crueldades.
 Esto es lo que passa en vuestra
 ausencia, y con lo que he cumplido
 con la obligacion que a mi grandeza,
 y lealtad devo. Callò con esto Federico,
 poniendose la mano en los
 ojos; que ay traydores, que hasta cõ
 lagrimas , sabèn apoyar sus traiciones;
 y como el Rey atento a lo que
 le dezia, viò demàs de lo que su pre-
 sencia, tan flaca, astrosa, y mal para-
 da le intimava en apoyo de su agravo,
 y que cõ las lagrimas, sellava la
 verdad de lo que dezia: Creyò como
 facil, gran falta en vn Rey, que si
 ha de guardar justicia, si dà vn oïdo
 a la acusacion, ha de dàr otro a la
 defensa della; mas era el acusador
 su hermano, y la acusada su esposa;
 el traydor, vn hombre, y la comprehendida
 en ella, vna muger, que aunque
 mas inocente estè, ninguno cree su
 inocencia, y mas vn marido, que
 con este nombre, se califica de enemigo,
 y assi sin responder palabra; si
 bien , con los ojos vnas vezes arrojando
 rayos de furor, y otras vezes
 vertiendo el humor amoroso, se dexava
 sin poderle resistir , porque de
 verdad , amava a la Reyna ternissimamente,
 mandando a su herma-

no le siguiessè , mandò proseguir la
 jornada a la Ciudad : Gran rumor
 se levantò entre los Cavalleros, platicando
 vnos con otros sobre el caso; y si biẽ
 hubo algunos que defendian la parte de
 la Reyna , diziendo, ser testimonio, por
 que su virtud, y honestidad la acreditava,
 los mas eran de parecer contrario , y todos
 se resumian , en que no se atreviera
 Federico a manifestar publicamente vn
 caso de tanto peso, sino fuera verdad:
 sin esto veian, que hasta entonces , no
 tenian otro Principe, y que a falta de
 su hermano, le tocava por derecho la
 embestidura del Reyno, y no quisieron,
 por bolver por la Reyna (aunque estu-
 viesse inocente) enemistarse con èl.
 Con esto caminaron todos, y el Rey tã
 triste, que en todo lo que durò el camino,
 no le oyeron mas, que penosos suspiros,
 sacados de su apasionado coraçon,
 batallando en èl, el honor, y el amor,
 el agravio , y la terneza de su hermano,
 y su esposa , que al cabo de la lid,
 ella, como mas flaca, ò mas desdichada,
 quedò vencida. Antes de entrar en la
 Ciudad, dõde llegò casi de noche , mandò:
 que vna esquadra de soldados, se adelatasse,
 y cercassen el Palacio , sin que dexassen
 entrar, ni salir persona en èl, porque
 no avissassen a la Reyna , y se escapasse;
 y que de camino llevassen, para que
 las fiestas prevenidas a su entrada
 cessassen, y si avia luminarias encendidas,
 se quitassen todas; que hecho como
 lo mandava, ya cerrada la noche,
 entrò en Palacio, despidiendo a la
 puerta del todo,

el acompañamiento, y demás gente, y subiendo con solo su hermano, Guardia, y algunos monteros de su Camara, a los corredores, adonde la puerta de la sala estava la santa, y hermosissima Reyna Beatriz, con sus damas, bizarramente adereçada, que aunque cercada de temores, y pesares, se avia compuesto con gran cuydado para recibir al Rey, como le viò con los braços abiertos fue a recibirle. Quien podrá en este passo pôderar el enojo del Rey; digalo el entendimiento de los que le escuchan; pues ciego de ira, retirandose atrás, por no llegar a sus braços, alçò la mano, y la diò vn bofeton, con tan grande crueldad, y fuerça, que bañada en su inocente sangre, diò con ella a sus pies, y luego, tin mas aguardar, ni oirla, llamando a quatro monteros, que en todo el Reyno se hallavan hombres mas crueles, y defalmados, pues por su sobervia, y mala vida eran de todos aborrecidos, les mandò tomassen a la Reyna, y la llevassen a los mas espesos, y fragosos môtes q̄ huviesse en el Reyno, y que en parte donde mas aspero, è inhabitable sitio hallassen, la sacassen los ojos, con que por mirar defonesta avia causado su deshonor, y que hecho esto se la dexassen alli viva, para que siendo su muerte dilatada, sintiesse mas pena por el delito que avia cometido contra èl, y su amado hermano, y diziendole que se viniesse con èl, se entrò en su quarto, mandando retirar al suyo todas las damas, que llorando amargamente te-

nian cercada a la Reyna, que cõ lagrimas se despedia de todas, diziendo, que pues Dios queria que padeciesse afsi, que no la llorassen, que ella estava muy conforme con su voluntad. Al entrar se Federico con el Rey, le dixo: Ana Beatriz, muere, pues me matas, que pagarme tenias el tenerme enjaulado como leon, a lo que la santa señora respondió: Hà, traydor! Y como te tiene ciego el demonio, que no juzgas, q̄ es mejor morir inocente, que no vivir culpada! Y mas quiero morir en las garras de los brutos animales, que no vivir en tus deshonestos braços, ofendièdo a Dios, y a mi esposo; lo que siento es, que aya sido tan grande su engaño, que aya dado credito a tus traiciones, sin averiguar la verdad. Con esto se entraron todos, como el Rey avia mandado, y los monteros tomaron a la Reyna, y partieron con ella a executar la orden que llevavan. Que ay que moralizar aqui en la crueldad deste hombre, pues lo que tanto avia amado, como dezian sus tristezas, y furors, segun publicava, por que no cõsintió en sus lascivos apetitos, ofendiendo a Dios, y a su marido, lo puso en el estado que ois: Cierro, señores Cavalleros, que aqui no ay disculpa en apoyo de los hombres, ni razon que os acredite, ni aun vosotros mismos, que tantas hallais contra las mugeres, la hallareis en vuestro favor: Y vosotras, hermosas damas, que mayor desengaño quereis, ni buscáis, ni le podreis hallar, si deseais tener alguno que

que os estorve de ser faciles; mas temo que os pesa de faberlos; porque pecar de inocencia, parece que tiene disculpa, mas de malicia, es quiebra que no se puede soldar, y quierades no oir tantos defengaños porque vosotras os quereis dexar engañar; pues en los tiempos passados, y presentes hallareis que los hombres son vnos.

Los que llevavan a Beatriz, caminaron cõ ella toda la noche, y otro dia siguiente, y al medio del tercero llegaron con ella a vn monte de espesas matas, y arboledas, distante de la Corte mas de diez leguas, y en vna quiebra de las peñas, que parecia en la profundidad, que baxavan a los abismos, sin tener piedad de su hermosura, y mocedad, ni de sus lagrimas, ni enternecerse de las lastimosas palabras que dezia, con que les assegurava su inocencia, y les pedia, que ya que la aviã de dexar alli no executassen del todo la rigurosa orden del Rey, privandole la luz siquiera porque viesse su muerte, quando las fieras la executassen. Le sacaron los mas bellos ojos que se avian visto en aquel Reyno. Estava en poder de hombres; que maravilla: cegar, y engañar, parece assi en el modo, que es todo vno, pues el que està engañado, se dize, que està ciego de su engaño: Luego hasta en sacarle los ojos cumplieron estos con el officio de hombres contra esta muger, como hazen aora todos con todas. Hecha esta crueldad, pareciendoles que no avia de vivir, supuesto, que quando no la

matassen las fieras, moriria del dolor de las heridas, ò de hambre; pues no tenia vista para buscar el necesario sustento, le quitaron las ricas joyas que llevaba, y no se como no hizieron lo mismo del vestido, pues competia en riqueza con las joyas: devio de ser por no embarazarse con el, ò porque Dios lo ordenò assi, y hecho esto, dexandose la alli, se partieron. Como quedaria la hermosa Reyna, ya se ve puesta en los filos de la guadaña de la ayrada muerte, q̃ como la sentia tan cerca no hazia mas de llamar a Dios, y su divina, y piadosa Madre, tuviesse misericordia de su alma, que ya de el cuerpo no hazia caso, ofreciendoles aquel martirio: quando a poco mas de media hora que assi estava, sintò passos, y creyendo seria algun oso, ò leon, que la venia a despedaçar, llamando con mas veras a Dios se dispuso a morir, mas yã que mas cerca sintiò los passos, oyò vna voz de muger, que le dixo: Que tienes Beatriz, de que te afliges, y lamentas? Ay señora! respondió la afligida dama, quiẽ quiera que seais, que como no tengo ojos, no os veo; pues vos los teneis, y me veis, y conoceis, pues me llamis de mi propio nombre, porque me preguntais de que me lamento? No me ves respondió la muger, pues aora me veràs; que aunque Dios ha permitido darte este martirio, aun no es llegado tu fin, te faltan otros que padecer: que a los que su divina Magestad ama, regala assi; y diziendõ esto, y tocandole con la mano los

la limados ojos , luego quedaron tan sanos, como antes de facarfe los los tenia, y aun muy mas hermosos; que como Beatriz se viò con ellos, mirò por quien le avia hecho tan gran bien, y viò junto a si vna Muger muy hermosa, y con ser a su parecer muy moça, tan grave, y venerable, que obligava a tenerla respeto: y pareciòle afsi mismo, que le avia visto otras vezes, mas no que pudiese acordarse en dòde. Pusose de rodillas la hermosa Reyna, no porque la tuviese por deydad, aunque su grave rostro dava indicios dello, sino por agradecida al beneficio recibido; y tomándole las manos, se las empeçò a besar, bañandose las en tiernas lagrimas, diziendo: Quien fois señora mia, que tanto bien me aveis hecho, que aunque me parece, que os he visto, no me acuerdo donde? Soy vna amiga tuya, respondió la Señora; y la verdad es, que me has visto muchas vezes, mas por aora no còviene que sepas mas de mi, que lo que vès; y tomádola por la mano la levantò, y abraçò, y luego sacando vna pequeña cestica, cò pan, y algunas frutas, y vna calabacita cò agua porque en la parte que estavan no la avia, que hasta deste bien la privarò sus rigurosos verdugos, buscando el lugar, donde como avia de morir de hambre, muriese tambien de sed: Mandò que comiese, que Beatriz lo hizo, que como tenia necesidad de ello, rogando a la Señora comiese tambien; a lo que respondió, que no tenia necesidad de comer, que comiese, porque avian

de partir de alli luego; y mientras Beatriz comia, se sentò junto a ella y la hermosa Reyna no hazia, sino mirarla, porfiando con su memoria, para traer a ella a donde la avia visto, de que la señora se sonria. Acabada la comida, que a Beatriz le apareciò, que estava mas contenta con ella que con los varios, y ostentosos manjares del Real Palacio, siendo dos horas antes de anochecer, la tomò la hermosa Señora por la mano, y dando bueltas por las peñas, vnas vezes baxando, y otras subièdo, la sacò de entre aquellas a vn agradable, y deleytoso prado, cercado de espesos alamos, chopos, y sauces, de que se formava vna hermosa alameda; y en medio de la qual avia vna clara, y cristalina fuente, donde parandò junto a ella le dixo: Aqui, Beatriz, te has de quedar, que no tardarà en venir, quien te lleve donde descanses por algunos dias: sigue tu virtud con animo, y paciencia, que es de la que mas se agrada Dios, que haziendolo afsi, te ampararà en muchos trabajos lances, en que te has de ver donde has menester, que muestres la alta sangre de donde decièdes: Quedate cò Dios, a quien ruego, y rogarè, que te ayude, y socorra en ellos, y confia en èl, que cò esto le hallaràs en los mayores aprietos, y tornándole a abraçar, no aguardò respuesta, ni Beatriz se la pudiera dar, tan ahogada la tenia el sentimiento de verla partir, solo le respondió con vn diluvio de lagrimas que empeçò a verter de sus lindos

ojos, y bolviendo a mirar por dōde iba, la viò, que a largo passo caminava, hasta que se encubrió con la espesura de los arboles, dexando con su ausencia tan embelesada a Beatriz, que le pareció quedar sin alma, ni vida, porque la vida, y alma se le iba, siguiendo las pisadas de aquella señora, reparo de sus desdichas, no pudiendo enjugar los llorosos ojos que a rios se descolgavá las perlas dellos. Sentose, ya que la huvo perdido de vista, junto a la fuente, y lavandose la cara, y las manos, que estavan manchadas del fino roficler, q̄ aviã vertido sus ojos, quando se los sacaron sus crueles, y carniceros verdugos. Estuvo así hasta poco antes de anochecer, trayendo a la memoria los sucesos que avian pasado por ella, y pensando a bueltas dellos, en quien seria tan sabia muger, que no solo le avia restituido las perdidas luzes, mas profetizandole lo que avia de passar por ella, quando sintiendo venir tropel de cavallos, y gente, muy temerosa mirò a la parte donde avia sentido el ruido, y viò salir de entre los arboles hasta diez, ò doze hombres, en forma de caçadores, conalcones, y perros, y entre ellos vno, que parecia ser el señor de los demàs, en el costoso vestido, y magestad de su rostro. Era de mediana edad, galã, y de afable cara, y amable presècia, que como llegaron a la fuente se apearon todos de los cavallos; llegando a tener el del cavallero, para que hiziesse lo mismo, que como el Cavallero llegasse donde Bea-

triz estava, juzgò de verla, lo que ella de verle a èl, que era persona de porte, segun mostrava en su adereço, y hermosura, que no sè que se tiene la nobleza que al punto se dà a conocer, y así le hizo vna cortès reverencia, a lo que Beatriz, respondió con lo mismo. Llegò el Cavallero, y en la cristalina agua matò la sed, y se labò las manos, y rostro del polvo, y sudor, que ocasiona el gustoso exercicio de la caça, sentandose junto a Beatriz, en lengua Alemana, que ella bien entendia le digo: Hermosissima señora, admirado estoy de ver en vna parte tan lexos de poblado, y sola a vna muger de tanta belleza, y rico adorno, donde se pudiera ocasionar algun fracaso contra vuestro honor, y vida; si vinierã por esta parte muchos saltadores, y vandoleros que ay por estas montañas. Suplicoos, para que yo por ignorar quien sois, no cayga en alguna descortesia, me saqueis deste cuydado, diziendome quien sois, y que fortuna os ha traído por aqui? No quiso Beatriz, que aquel Cavallero, ya que la veía tan sin compañía, en tal lugar, por encubrir su grandeza, que le perdiesse el decoro, teniendola en menos y así en la misma lengua Alemana le dixo: Señor Cavallero, yo soy vna muger de calidad, que por varios accidentes desgraciados sali de mi tierra, y ellos mismos (que quando la fortuna empieça a proseguir no se contenta con poco) han ocasionado el apartarme de mi compañía: y suplicoos, por lo que a cor-

tesa deveis; que no querais saber mas de mi, porque no me vâ en callar menos que la vida; solo os pido me digais quien sois, y en què tierra esloy, y si està muy lexos de aqui Vngria: Señora hermosa, mas que quantas he visto, yo os beso la mano por la merced que me aveis hecho, en lo que me aveis dicho; y para satisfaceros a lo que deseais saber: Os digo, que estais en el Imperio de Alemania; Vngria, aũque no està muy lexos, es otro Reyno distinto deste; è yo me llamo el Duque Octavio, soy señor de toda esta tierra, y mi Estado, por la misericordia de Dios, de los mayores del Imperio, por ser potentado dèl: dos leguas de aqui està vna Villa mia, de donde sali oy a cazar; si sois servida (porque sentirè mucho que os quedeis en tan peligrosa parte esta noche; y assimismo, porque no es decente, ni bien parecido, que tanta hermosura estè sola en el campo) de veniros conmigo, yo sè, que sereis muy bien recibida, y regalada de la Duquesa, mi muger por darme gusto, y porque vos lo merecis. Con nuevos agradecimientos, respondiò Beatriz al Duque, aceptando la merced que le ofrecia; y finalmente el Duque la llevò consigo tan contento como si huviera hallado vn tesoro, no por que la apeteciò cõ amor lascivo, sino forçado de vna secreta estrella, le cobrò tanto amor, como si fuera su hermana. Llegados a su Palacio, la entregò a su muger, que era vna hermosa señora, aunque yâ casi de la edad del Duque, cõtandole como la

avia hallado; que si bien al principio la Duquesa no se assegurò de q̄ viniessè con el Duque tan hermosa dama, y dentro de poco tiempo se assegurò de la inocencia con que el Duque la avia traïdo, viendo la honestidad, y virtud de Rosimũda, que assi dixo que se llamava, porque otro dia, quitandose los ricos vestidos que llevaba, los guardò, vistiendo de otros que le diò la Duquesa, mas honestos, con lo qual la Duquesa, y el Duque la amavan ternissimamente, alabando, y bendiciendo el dia en que la avian hallado. Dexemos aqui a Beatriz, siendo el gobierno de la casa del Duque, y el idolo dèl, y de la Duquesa, que importa bolver a Vngria, donde dexamos al traydor Federico, y al engañado Rey Ladislao, el qual con la precipitacion de la ira que le causò la relacion que su hermano, contra la Reyna, le avia dado; y la mandò llevar, sin aver mas averiguacion de la verdad, ni oirla. Entrando en su camara se acostò, y passando algun espacio de tiempo, yâ algo mas sosegado, le diò vn pensamiento, si seria verdad lo que su hermano le avia dicho, acordandose con la honestidad, y amor que la Reyna le avia salido a recibir, no pudiendo partir de los ojos su hermosura, pareciendole, que si la Reyna le huviera hecho ofensa, que no se atreviera a ponerse delante dèl, supuesto que se podia temer de Federico; pues no avia querido hazer lo que le avia pedido, en razon de mudar de traje; y con

este pensamiento, mandò llamar las damas mas queridas de la Reyna, de las quales se informò, q̄ avia entendido en aquel caso, las quales le dixeron, que jamàs avian visto en la Reyna aslomo de tal pensamiento, antes tenian orden suya para no dexarla sola, quando estuviessè alli el Infante: y que de la prision no sabiamas, de que despues de averla hecho con gran secreto, le avia llevado a ella por engaño, donde si el Infante no estuviera tan enojado de verse asì, no le avia faltado su regalo, como si estuviera en su libertad; que ellas no sabian otra cosa, ni jamàs la Reyna avia comunicado con ellas su intencion, y esto lo dezian con tantas lagrimas, que obligaron a que el Rey las ayudasse, y mas se aumentò quando vinieron los que la avian llevado, y le contaron todo lo sucedido, que fue tanta la pena que le causò, que llegò casi a los fines de la vida, sin q̄ fuessè parte el traydor hermano a consolarle, aunq̄ mas consuelos le procurava: Tanto, que le pidió licencia para ir a buscar a la Reyna, no siendo la intencion del traydor hallarla para su hermano, sino de gozarla, y luego quitarle la vida: Al fin, aunque el Rey le negò la licencia se la tomò èl, llevando consigo vno de los que la avian llevado, para que le enseñasse la parte donde avia quedado; mas quando llegaron, yà la Reyna estava muchas leguas de alli, como se ha dicho. Cansados de buscarla, y no hallando rastro della, ni vn hilo de los vestidos, que si la hu-

vieran muerto las fieras, estuvièran esparcidos por el campo; desespèrado de ver quan mal se le lograrian sus deseos, se sentò en vna de aquellas peñas, mientras el Montero toda via la buscava, y ardiendose en ira de no hallarla para cumplir sus deshonestos apetitos, tomando en esto, y en matarla vengança del desprecio que avia hecho dèl, pensando quan desacordado avia sido de no irse con los que la avian llevado, viò baxar por vna senda, que entre las peñas se mostrava, aunque mal vsada, y aspera, vn hombre vestido a modo de Escolastico, de horrible rostro, y que parecia de hasta quarenta años. Traìa vn libro en la mano, dando con èl muestra de que professava ciencia, que como llegò a èl, le dixo: Norabuena estè el noble Federico, Principe de Vngria. En la misma vengais Maestro, respondiò Federico, admirado de que aquel hombre le conociesse, no conociendole èl; y profiguendo el Dotor, q̄ asì se llamaremos, dixo: Que estàs pensando Principe, en quièn soy, ò como te conozco? Pues mas sè yo de ti, que tu de mi; pues solo por saber con el cuydado en que estàs, y remediartelè vègo de muy estrañas, y remotas tierras, no aviendo quarto de hora, que estava de essa parte de los montes Rifeos, donde tengo mi morada, y habitacion, por ser la mas conveniente para exercitar mis artes. Soy, para que no estès suspento, vn hombre, que he estudiado todas las Ciencias, y sè lo passado, y por

venir, ha ahádado quantas Provincias, y tierras ay del vno al otro Polo; porque soy Magico, que esta facultad, y ciencia de que mas me precio, pues con ella alcanço, y sè quanto passa en el mundo; y foyte tan aficionado, que sin que tu me ayas visto, te he visto yo a ti muchas vezes sin mas intere de tenerte por amigo, y que tu me tengas a mi por tal, como lo veràs en el modo con que ayudo en el cūplimiento de tus deseos; mas ha de ser con vna condicion, que este secreto que passa entre los dos, me has de dar palabra, como quien eres, de jamàs dezirle a nadie, ni aun al Confessor, aunque te veas en peligro de muerte; porque solo en esto estriva la fuerza de mi ciencia; y como esto hagas, no solo te dirè cosas que te admires, mas te pondrè en tu poder lo que desees, para que cumplas tu voluntad: Mira si te determinas a esto, y hagamos la pleytesia, para que yo estè seguro, y fino me irè por donde he venido. Que le pidieran en esta ocasion a Federico, y mas prometiendole el Dotor lo que le prometia, pues con lo que le respondiò fuè con los braços, y luego con prometerle guardar tan inviolablemente secreto, que aun en la hora de la muerte no lo descubriera, ni aun al Confessor. Hecho, pues, el pleyto omenaje, se sentaron jūtos, y el Dotor le dixo: En primer lugar te digo, que por aora no hallaràs lo que buscas, ni es bièn q̄ lo halles, porque el dia que tu hermano llegue a ver a Beatriz, q̄ viva, y es, y con ojos, aun-

que se los sacarò, el como los tiene, no he podido alcançar, porque ha sido por vna secreta ciencia, reservada al Cielo, y està en parte donde es muy estimada, y querida, pero te advierto, que el dia que Ladislao llegue a verla, tèn por segura tu muerte, porque apenas se dirà la verdad del caso, quando el Rey la ha de creer; y bien ves en esto tu peligro, y afsi lo que hemos de procurar es que salga de donde està, y despues de averla violado el honor, y la castidad conjugal, de que ella tanto se precia, la quites la vida, pues desto conseguiràs dos cosas de mucha vtilidad. La vna, que no se descubra tu traicion, pues muriendo ella, no se sabrà, y quitaràs de contra ti vno de los mayores enemigos que tienes; porque te advierto, que lo es, y muy grande. Y la otra, que si ella muere, tu hermano no se casarà jamàs, porque la ama (aun con lo que la has dicho) tan tiernamente, que no le ha de agradar mūger ninguna, como no sea su Beatriz, y tu has de ser Rey de Vngria: Supuesto esto, y que yo vengo a afsistirte, ayudarte, desecha tristezas, y el amor que la tienes, y bueluele en venganças, que es lo que te importa; que quando sea tiempo yo te avisarè; mas mira que te buelvo a requerir el secreto, porque si otra persona en el mundo sabe estas cosas, ni yo te podrè ayudar, ni tu conseguiras lo que desees. Embelgado estava Federico escuchando al Dotor, viendole, como le dezia sus mas intimos pensamientos,

tos, y mucho más, de que la Reyna fuese viva, tuviese vista, mas no quiso apurar en esto la dificultad, antes tornandole a abraçar, y prometriendole de nuevo el secreto, y muchas mercedes, y jurando, que el dia que cogiese à la Reyna en su poder no se contentaria con darle vna muerte, sino dos mil si pudiesse ser. Venido el montero, dieron la buelta a la Ciudad, y llegados a ella hallaron al Rey muy malo, y tanto, que temian el peligro de su vida; que como las damas de la Reyna le informaron tan diferente de lo que Federico le avia dicho de su virtud, indeciso de la verdad, ò mentira, como el amor, por su parte hazia lo que le tocava, se indignava mas a creer, que la Reyna avia padecido inocente, que culpada, y se afeava assimismo la ira con que la avia embiado a dar la muerte, sin hazer primero aveiguacion del agravio, porque la avia condenado, pues como Federico viò al Rey en este estado, temiendo, que si se averiguava lo contrario de lo que èl avia dicho, corrìa su vida, y opinion peligro; fue con proposito a su Doctor de advertirselo, mas no tenia necesidad dello, que èl estava bien advertido, y para acreditarle mas de su sabiduria, antes que Federico le hablasse sobre ello, le dixo: Quando no fuera de mas importancia mi venida a servirte, ò Principe valeroso que de salvar tu vida, como en esta ocasion lo harè, la doy por bien empleada. Tu hermano està muy sospechoso de que la Reyna estè cul-

pada, y si se defengaña ha de correr riesgo tu vida: toma este anillo, y ponte en el dedo del coraçon, y entra a hablarle, y buelvelo a indignar contra la Reyna, que en virtud del te creerà quanto le dixeres; porque hallo por mi sabiduria, que el Rey, no ha de morir deste mal; y assimismo, que èl de su voluntad te ha de heredar en el Reyno, y es mejor que no alcançarle violento, porque con esto no ganarias la voluntad de los vassallos, y dandote el Rey, si. Tomò Federico el anillo en que avia estampados algunos caracteres, y cifras, admirado de como el Doctor le adivinava la imaginacion, teniendose por hombre mas dichoso del mundo, en tenerle por amigo, y poniendose en el dedo, entrò donde el Rey estava, que como le viò, obrando en èl la fuerza del encanto, le dixo: que fuese bien venido, alegrandose mucho con èl, y preguntandole, si avia hallado lo que iba a buscar. Federico le dixo, que no, porque no avia hallado mas de los vestidos, indicio de que alguna fiera avia comido otra fiera; y viendo que el Rey avia suspirado, le dixo: Y como, señor, en esto estimas tu honor, y el mio, que hazes sentimiento, porque aya muerto quien a ti, y à mi nos quita la vida? A ti ofendiendote en el honor, y a mi por no querer ser el verdugo del, en tenerme, como me tuvo tanto tiempo. Consuelate, por Dios, y tèn por seguro, que sino estuviera culpada, el Cielo la huviera defendido, que es amparo de inocentes;

tes; mas que ha permitido que pague su culpa, no ha sido sin ocasion. No puede mas el amor que a aquella muger engañosa tenias, que tu honor; tratemos de tu salud, que es lo que importa, que no acaso ha sido lo sucedido. Estas, y otras cosas que Federico dixo a su hermano, dandole credito en virtud del encantado anillo, fueron parte para que en algo se quietasse, mas no para alegrarle, que en esto no tuvo remedio, porque en mucho tiempo no le vieron reir. Sano ya Ladislao de su enfermedad, en cuya cura se mostró el gran saber del Doctor de Federico, que así le llamaban, le pidieron los vassallos; que se casasse, a lo qual dandoles bastantes causas para no hazerlo, les dixo, por vltima resolucion. Que sin perderte cosa tan fuera de su gusto, como sugetarse segunda vez a vn yugo tan peligroso, y con tantos azares, como el del matrimonio, lo hazian por tener herederos, que alli estava Federico su hermano, a quien desde aquel punto jurava, y nombrava por Principe heredero; y les rogava, que ellos hiziesen lo mismo, y con esto que el Rey hizo, fue Federico jurado por Principe de Vngria, que aunque no era muy afecto al Reyno, por conocerle sobervio, y traviesso, y mas desde que avia sucedido el suceso infeliz de la Reyna, viendo que era voluntad del Rey, y que por muerte suya le venia derechamente el Reyno, huvieron de obedecer. Todas estas cosas llegaron en lenguas de la parte

ra fama, al Reyno de Inglaterra, con las quales, los Reyes padres de Beatriz, recibieron tanta pena, qual era justo: Vnas vezes no creyendo que en la virtud que de su hija avian conocido que fuesse verdad, y otras juzgandola muger, de quien por nuestra desdicha, se cree mas presto lo malo que lo bueno, y para asegurarse mas del caso, embiaron Embaxadores al Rey Ladislao, que llegados a Vngria, è informados del caso, se bolvieron tristes, y mal satisfechos, asegurando a sus Reyes, quan justamente Ladislao avia castigado su culpa, con que se escusaron las guerras que sobre esto se pudieran causar.

Poco menos que vn año avia pasado, que Beatriz estava en casa del Duque con nombre de Rosimunda, tan amada de todos, que si como los hijos que tenia el Duque no tuvieran estado, la casara el Duque con vno dellos, tan aficionados estavan èl, y la Duquesa de su virtud, y honestidad; y el mal Doctor en la Corte de Vngria, tan amado de su Rey, y Principe, que no hazia mas de lo que èl ordenava, tan sugetos los tenia a su voluntad, quando vn dia le dixo a Federico, que ya era tiempo que se empeçasse la guerra contra Beatriz, que avia mucho que gozava de la amada paz; y que para esto era fuerza partir juntos de la Corte; que pidiesse licencia al Rey dandole a entender que iban a ver vnos Torneos que en la Corte de Polonia se hazian. Supolo tambien negociar el Principe, que aunque

contra su voluntad, alcanzò licencia por vn mes, y diziendo, que queria ir encubierto, partiò de la Corte con el Dotor, y dos criados, que era el modo con que podia ir a menos costa, y mas seguro que con las artes del Dotor, fue muy breve el camino, en el qual avisò el Dotor a Federico, que quando quisiesse no ser conocido, estava solo en su voluntad, porque el anillo que le avia dado tenia essa virtud, como la de ser creïdo de mudarle el rostro, quãdo fuesse su gusto, y desconocerle, que pareceria otro. Con este advertimiento llegaron vna noche a la Villa donde el Duque (en cuya casa estava Beatriz) y entrando en el Palacio Federico seguro con su anillo, de ser conocido, y el Dotor en sus Artes, de no ser visto: lo que hizo el Dotor fue, llegar sin que le viesse, y poner a la inocente Beatriz, en su manga vna carta cerrada, y sellada, con el sobre escrito a otro gran Potentado de Alemania, por quien el Duque se avia retirado de la Corte a sus Estados, que sobre cosas tocantes a la Corona, avian tenido palabras delante del Emperador, ocasionando dello aver salido los dos a campafia, y quedar de esta faccion muy enemistados. Tanto, que se procuravan el vno al otro la muerte: y otra abierta, dãdo muestra de aver sido leida, con la sobre cubierta a Rosimunda: y hecha esta prevencion diabolica, acompañado de Federico, que en virtud de su anillo no podia ser conocido sino de quien era su volũtad, se fue

ron otro dia al Palacio, a tiempo q̄ el Duque, y la Duquesa, y con ellos Beatriz, que nunca los dexava, estavan oyendo cantar los musicos, que asistian al Duque, y entrados dentro de la misma sala, Federico se quedò junto a la puerta; y el Dotor passando adelante, llegò al Duque, y le dixo: Poderoso Señor; la descortesia de entrarme sin licencia, bien sè que me la perdonaràs, quando sepas a lo que vengo: no te quiero dezir quien soy, pues mis obras en tu servicio daràn testimonio de mi persona, y la facultad que professo. Estando poco ha en los montes Rifeos, donde cerca dellos tengo mi habitacion, me puse a mirar las cosas que en el mundo han de suceder desde aqui a mañana, y entre otras muchas, hallè que en este señalado tiempo que digo, has de morir a traicion a manos de vn enemigo tuyo, a quien ha de dār entrada en tu camara vna persona de tu Palacio de las que mas:mas quie sea, no està otorgado del Cielo que yo lo sepa: y viendo quan gran daño se seguiria si tu faltasses del mundo, por ser como eres vn Principe tan magnanimo, y de tanto valor, y prudencia, y que por tus muchas virtudes te soy muy aficionado, he venido a toda diligencia, ayudado, y acompañado de mis familiares confidentes, a darte aviso de que mires por ti: y para que consigas, y sepas lo que a mi me ha negado la poderosa mano, mira quantos al presente se hallan en tu Palacio, que en su poder hallaràs quien te asse-

gure de la vèrdad , y el Cielo te guarde , que no me puedo mas detener. Dicho esto , sin aguardar mas respuesta , se salió con su compañía , y se fueron a emboscar en aquellas arboledas cerca de la fuente donde el Duque hallò a Beatriz , que allí los aguardavan los dos criados de Federico.

Alborotòse el Duque , y la Duquesa con tales nuevas , y mandando cerrar las puertas de Palacio por su misma persona , no dexò el Duque ninguna posada , cofre , arca , ni escritorio , ni aun los mas secretos rincones de las posadas de los criados , tanto de los officios mayores , como de los inferiores , sin exceptuar las mismas personas : y viendo que por aquella parte no hallava lo que aquel fabio hombre le avia dicho , subió donde estava la Duquesa bañada en lagrimas , y hizo lo mismo con las criadas , sin que quedasse cosa por mirar ; de modo que ya no faltava sino Beatriz , y los escritorios de la Duquesa , y casi por burla la dixo. Y tu Rosimunda , seràs a caso la que guardas el secreto de mi muerte ? Señor , respondió la inocente dama , con mi vida quisiera yo alargar la tuya , como quien tantos beneficios ha recibido , y recibo della. Mas porque no es justo que me reserves a mi entre todos te suplico , hagas conmigo lo que con los demàs , que yo creo tan poco en estas fabulas , ni encantos , que tengo por sin duda , que es algun mentiroso engaño , para darte este susto. Así me parece , dixo

el Duque , mas como dizes , por no hazer agravio a los demàs , quiero tambien mirarte a ti , y riendose le entrò la mano en la manga , donde hallando las cartas , y mirando los sobrescritos , viò que el vno de la que estava abierta , era la letra misma de su enemigo el Conde Fabio , y leyendole , dezia de esta suerte : A la hermosissima Rosimunda. La cerrada era de letra de Beatriz , y esta dezia : Al Excelentissimo , y poderoso Conde Fabio. Abrió la que no tenia sello , y leyendola en alto , que de todos fue oida , dezia así :

Los agravios , y deshones recibidos del Duque Filiberto , hermosa Rosimunda , estan pidiendo vengança , pues como sabràs del tiempo que assiste en su casa , llegaron à dexarme señalado en el rostro , y en el mundo , por hombre sin honra : y aunque he procurado con todas veras satisfazerme , no me ha sido posible que los cobardes miran mucho por su vida , y así es fuerza valerme de la industria , si para quitarsela en desagravio de mi afrenta me la dàs , y lugar para hazerlo , como quien en su casa lo puede todo : con lo que te pagarè este beneficio serà con hazerte dueño mio , que por las nuevas que tengo de tu hermosura lo deseo , y señora de mi estado. La respuesta , y resolucion deste caso daràs à quien se diere esta , que es leal confidente mio.

El Conde Fabio

Estava la letra tan parecida, y la firma tan bien contrahecha, que no avia en que poner duda, que la carta era del Conde. Abrió el Duque la cerrada, que dezia afsi.

Tienanme tan lastimada, Conde Excelentissimo, los agravios que del Duque has recibido desde el dia que lo suppe, que qualquiera encarecimiento que diga será corto, y aunque los beneficios de el Duque recibidos me pudieran tener obligada, mas devo al sentimiento de tu agravio, como lo veras en la ocasion que me has puesto, que dar lugar á que las personas como tu se desagravien; no lo tengo por traicion, y supuesto que es afsi, y que de tu confianza se se quan cerca estás desta Villa, entra con ella, y ven mañana ya passada de media noche, á la puerta trassera deste Palacio, que es á donde caen las ventanillas de mi posada, trayendo por seña en el sombrero una vanda blanca, para que no padezca, engaño por donde se arrojaré la llave, con que podrás tu, y los que se acompañaren entrar. Y dete el Cielo valor para lo demás, que en razon de la merced que me prometes, no la excepto hasta que me veas, que podrá ser que entonces se parezca la fama que de mi hermosura tienes, mas mentiroso que verdadera. El Cielo te guarde. Rosmunda.

Tan assombrado quedò el Duque de ver las cartas, y conocer la letra, y firmas, como Beatriz de que se huviesfen hallado en su poder: era de modo, que ni el Duque hablava para cumplirla, ni ella para defenderse, sino con las hermosas

lagrimas, q̄ hilo a hilo caian de sus lindos ojos: y no ay duda, de que si no se acordara de las razones que la hermosa Señora, le dixo quando se apartò della en la fuente, de lo que le faltava, por padecer, se quitara la vida para salir de vna vez de tantas penas: y aun del Duque se cree, que le pesò mas de hallar las cartas en su poder, que de la traiciõ que veia armada cõtra su vida, y que diera la mitad de su Estado, porque no fuera hallada en ella, y mas la Duquesa como muger, que veia la vida de su marido en balanças, y la maldad de vna muger que tanto amavan, y a quien tantos beneficios avian hecho: como muger sin juicio dava voces que la matassen, diziedole mil afrétas, a lo que la inocente señora no respondia mas que con su amargo llanto, no pudiendo imaginar por donde le avian venido a su poder aquellas cartas que no avian visto, ni pensado, si bien se persuadian eran puestas por algũ embidioso de su privança, que contrahaziendo su letra, y firma ordenò tal traicion: y viendo que para ella no avia mas disculpa, que la de Dios, como quien sabia la verdad podia ordenar, callava, y llorava, de que el Duque cõpadecido, la mandò retirar a su camara, con orden, que no saliesfen della, bien contra la volũtad de la Duquesa que no queria sino q̄ muriesse. Ida Beatriz lo primero que el Duque hizo, fue poner buena guardia en su Palacio, y luego sin dexar casa, ni posada en toda la Villa que no se mirò, maddò

buscar el tal confidente del Conde Fabio mas no fue hallado , aunque para mas satisfacion , le truxeron quantos forasteros en ella avia : y assimismo informado de todos quantos en su Palacio estavan , si avian visto a Rosimunda hablar con algũ forastero , y diziendo todos que no , creyendo que era mas la traicion contra Rosimunda , que no contra el , por descomponerla , y lastimado dello , y movido a piedad de su hermosura , honestidad , y virtud , y la paciẽcia con que llevaba aquel trabajo , y lo que mas es ; guiado por Dios , que no queria que Beatriz muriesse , aviendole dicho que la Duquesa viendole remiso en darla muerte , estava determinada a darla veneno , sin que la Duquesa lo supiesse , ni el querer verla , porque no le diese mas lastima de la que tenia , la mandò sacar vna noche , al cabo de dos dias que estava presa , y que dos criados suyos la llevassen , y la pusiesse junto a la fuente donde la avia hallado , sin hazerla mas daño que dexarla alli ; y assi fue hecho , que como la fuente no estava mas de dos leguas de la Ciudad , y partiesse con ella al primer quarto de la noche , quando llegaron a ella , aun no avia amanecido , y dexandose alli , como llevavan la orden de su dueño , se bolvieron. Quien podrá dezir el tierno sentimiẽto de la affligida Reyna , quando se viò alli de noche , sola , y sin amparo , y aviendo perdido el sosiego con que en casa del Duque estava , y mas por vna causa tan afrentosa , y mas que no se

hallava con prenda de valor para poder remediarse , que como se ha dicho , en casa del Duque andava vestida muy honestamente , no hazia sino llorar , y a cada rumor que oia , ya le parecian , ò bestias fieras que la venian a sepultar en su viẽtre , ò salteadores que la violassen su honor , y esto temia mas que el morir , q̄ estava tal , que casi tenia aborrecida la vida. En esta congoxa estava , quando empeçò el Aurora a tirar las cortinas de la noche , desterrando los nublados della , para que Febo saliesse ; quando mirando Beatriz por si , con los entreclaros crepusculos del Alva , se viò con los ricos vestidos que avia sacado de Vngria , quando la llevaron , por mandado del Rey su esposo a sacar los ojos : y pareciendole todas sus cosas prodigios , estãdo cierta de q̄ aquellos vestidos avian quedado en casa del Duque , y ella con la pena que saliò della , no se avia acordado dellos. Considerando , pues , estas cosas juzgò , que quien la ponía en tales ocasiones no la desampararia ; aguardò algo mas consolada , en que pararian sus fortunas , llamado a Dios , que la socorriessse , y ofreciendole aquellos trabajos , quando siendo ya mas de dia , viò salir de entre los arboles , no vn leon , ni vn osso , ni aun salteadores , porque estos no le dieran tanto assombro , como ver salir a Federico , que si se os acuerda , con su falso Dotor , y criados se fueron a la Floresta , quando dexaron vrida la traicion. No ay duda , sino que quisiera mas Beatriz verse despada ,

çada de qualquiera de los dichos, antes que verle, y queriendose poner en huida, se levantò, mas Federico abraçandose con ella, le dixo: Aora ingrata, y desconocida Beatriz, no te libraràn de mis manos tus encantos, ni echizos, ni la jaula de hierro en que me tuviste tanto tiempo, que yo te gozarè en vengança de tus desvios, y luego te darè la muerte, para escusar la que tu tratas de darme. Antes traydor, a Dios, a tu hermano, y a mi veràs la mía, respondió Beatriz, que yo tal consienta. Matame, traydor enemigo, matame aora, si lo has de hazer despues: diziendo esto, trabajava por defenderse, y Federico por rendirla, pareciendole al traydor, que luchava con vn gigante; y a Beatriz, que sus fuerças en aquel punto no eran de flaca muger, sino de robusto, y fuerte varon, y andando como digo, en esta lucha, dixo Federico, viendo su resistencia: Que te causas, desconocida de mi merecimiento, y valor, en quererte librar de mi poder, que aun el Cielo no es poderoso para librarte. Apenas acabò el blasfemo Federico de dezir esto, quando de entre los arboles saliò la hermosa señora, que en las passadas angustias le avia focorrido, que a passo tirado venia caminando àzia ellos, que como llegò, sin hablar palabra asió de la mano a Beatriz, y tirando della, la facò de entre los braços del lascivo Principe, y se la llevó, quedando Federico abraçado, en lugar de la hermosa presa que se le iba, con vn fiero, y espantoso leon

que con sus viñas, y dientes le heria, y maltratava; que viendose así, empeçò a dar tristes, y lastimosas voces a las quales acudieron el Dotor, y criados, que viendole en tal estado, sacando las espadas, de las quales el leon temeroso le soltò, entrando por lo mas espesso de la alameda; porque no era tiempo, ni que la vida de Federico, ni los trabajos de Beatriz tuviessem fin. Quedò Federico rendido en el suelo, mal herido, tanto, que los criados, y el Dotor, les fue forçoso llevarle al primer lugar, donde se estuvo curando muchos dias de sus heridas; no pudiendo alcançar, ni Federico con su entendimiento, ni el Dotor con sus artes, como avia sido aquella transformacion, ni adonde se avia ido Beatriz, que esso estava por entonces reservado a quien la llevaba; la qual con la hermosa señora q̄ la llevó, se hallò libre de la fuerça, q̄ esperaba recibir. Dava muchas gracias a su verdadera amiga, y defensora de su vida, y honor, y ella la animava, y regalava con amorosas caricias, caminando todo aquel dia, hasta poco antes de anochecer (a lo que Beatriz le parecia) fuera de camino; porque vnas vezes le parecia que iban àzia adelante, y otras que davan buelta, y bolvian a caminar lo ya andado, que llegaron a vnas cabañas de Pastores, donde la dexò su guia, diziendole: Quedate aqui, Beatriz, que aqui hallaràs lo q̄ por aora has menester; y sin aguardar, ni dár lugar a que la respondiese, ni le diese agradeciemiêto del bien

bien que le hazia: la viò ir por el cãpo con ligerissima velocidad, dexãdola tan desconsolada en su ausencia, como la vez primera; porque quanta alegria recibia su coraçon, mientras la tenia junto a si, sentia de pena quando se apartava. En fin, viendo que yã se avia encubierto, se llegó a las cabañas, donde hallò cãtidad de pastores, y pastoras, que tenian sobre vnas pellejas de las reses muertas, tendidos vnos blancos, aunque toscos manteles; y todos sentados al rededor, querian cenar vna olla, que estava sacando vna de las pastoras de tassajos cecinados; que como vieron aquella muger, que en lengua Alemana les diò las buenas noches, tan hermosa, y ricamente aderaçada, como simples rusticos, se quedaron mirandola embelesados, hasta que ella, viendo la suspension, prosiguiò diciendo: Amigos, por la Pasion de Dios os pido, que si sois Christianos (como me parece que lo sois) me admitais, y ampareis en vuestra compaõia, si quiera por ser muger, que me he escapado de vn gran peligro, y vengo huyendo de vn cruel enemigo, que anda procurando quitarme la vida. Ellos, aviendo entendido bien la lengua, porque era la misma que hablaban, pues de alli a la Corte de Alemania apenas avia media lengua; le respondieron, que entrasse, que de buena voluntad harian lo que les pedia. Con este beneplacito de la pobre gente entrò la perseguida Reyna, y hazicndola sen-

tar a la pobre mesa, cenò, comiò, y almorçò con ellos, porque desde que saliò de casa del Duque no avia comido bocado, hazicndola todos tanto agassajo, y buena acogida, que aquella noche, no pudiendo dormir, pensando en sus fortunas, se resolviò a embiar a vender a la Ciudad aquellos ricos vestidos, y trocandolos a los pastoriles, quedarle alli con aquella buena gente. Mas no le sucediò assi como ella pensava, y fue el caso, que cerca de aquellas majadas de pastores avia vn soto donde se criava gran canticad de caza, y donde el Emperador iba muchas vezes a cazar, y a divertirse de la pension que trae consigo la carga del gobierno, y avia seis, ò ocho dias que estava en èl con la Emperatriz, y toda su gente, y vn niño que tenian de seis años, Principe heredero de todo aquel Imperio, que no tenian otro: y otro dia, bolviendose todos a la Ciudad, era fuerça passar por delante de las cabañas, que como los pastores, y pastoras sintierò que venia, salieron todos a verle passar, y Beatriz con ellos, que como la carroza en que el Emperador, y Emperatriz, y su hijo llegarò cerca, y entre la gente rustica viesse aquella dama tan hermosa, y bien aderezada, con vestido de tanta riqueza, extraõando la novedad, y el traje, que bien conocieron ser Vngaro, mãdado parar la carroza, embiaron con vn criado a llamarla, que sabido por Beatriz se llegó, y cõ vna cortès reverencia (como ella bien sabia,

se avian de tratar tan Reales personas) los saludò, a la qual el Emperador correspondiò con otra no menos cortès reverencia, contemplando en su rostro la magestad, que en si encerravan; y con alegre, y afable semblante le preguntò: Que de dõde era, y què hazia entre aquella gente? Poderoso señor, respondiò Beatriz, yo soy de tierras muy estrañias de esta, aunque he asistido algun tiempo en Vngria, sacaronme de mi patria, y casa por vn engaño, y despues de averme traído a vnos montes, que allà detras quedan, queriendome matar en ellos, el Cielo que sabe para què me guarda, me librò de las crueles manos de mis enemigos, y hurtandome de ellos, lleguè anoche a estas cabañas dõde esta piadosa gente me amparò: Esto es lo que puedo dezir a V. Magestad; lo demàs, es mas para sètido, que para contado. Mirandola estava el Emperador, y Emperatriz mientras ella hablava, maravillados de su gracia, y belleza, quando sucediò vnà maravilla bien grãde, y fue que el niño, q̄ junto a su padre estava, acercádose alestrivo de la carroça, como Beatriz estava tan junto, que tenia las manos puestas en èl, le echò los braços al cuello, y juntãdo su rostro con el suyo, la empeçò a besar con tan grande amor, como si toda su vida se huviera criado en su compañía; que visto esto por Beatriz, le sacò de la carroça, apretandole entre sus braços, le pagò en amoroso cariño lo que el Principe avia hecho con ella. Admirados to-

dos de lo que el niño hazia cõ aquella dama, juzgando a prerogativa de la hermosura, aguardarse todos de quien la posee, dexando a mas de quatro el niño embidiosos de los favores que gozava, y queriendo restituirse a sus padres, no fue posible, porque dava gritos llorando por bolverse con ella, sin bastar los alhagos de su madre, ni reñirle el Emperador, que era tan grande el sentimiento que el Principe hazia, y tan tiernas, y lastimosas las lagrimas que llorava, que los padres, como no tenian otro, compadecidos dèl, rogaron a Beatriz entrasse en el coche, dicièdole, que supuesto que no tenia parte segura donde ampararse de los que la perseguian, que donde mejor que en su Palacio, donde el Principe su hijo le serviria de guardia, pues los que le guardavã a el, le velarian a ella. No le pareciò a Beatriz ser acaso este suceso, sino encaminado por Dios, y su guardadora; y asì besando la mano al Emperador, y Emperatriz, y despidiendose de los pastores, prometiendoles satisfacerles el bien que dellos avia recibido en alvergarla aquella noche, se fue con el Emperador, tan contentos el, y la Emperatriz de llevarla, que si huvieran ganado vn Reyno no fueran mas contentos, a tonto obligava el sereno, honesto, y hermoso rostro de Beatriz, que quantos la miravan se le aficionavan. Las alegrias que el niño hazia admiravan a todos, que no hazia sino apartar su cara de la de Beatriz, y mirarla, y luego rièdofe, bolver a juntarse con ella, que-

dando desde este dia a su cargo, la criãça del Principe, porque no avia que intentar apartarle della; con ella comia, y dormia, y en tratando de dividirle de su compaõia, llorava, y hazia tales ansias, que temia su muerte: Querianla tanto por esto los Emperadores, que no es posible ponderarlo; y ella amava al Principe, mas que si fuera su hijo. En fin, la dexaremos en esta paz, y quietud tan amada, respetada, y servida, como si estuviera en el Reyno de Vngria, y vamos a Federico, y su Doctor, que ya sano de sus heridas, y tan anojado contra la Reyna, por parecerla, que por magicas artes le avia puesto en tal peligro, que si la tuviera en su poder (como quando la tuvo a la fuente) no aguardara a gozarla, como entonces intentò, sino que la diera la muerte; bien pensoso de no averlo hecho entonces. Preguntò vn dia a su Doctor, que le parecia de tales sucessos? Que quieres, Principe, que me parezca, respondiò el Doctor, sino que tu, è yo tenemos suerte enemiga; porque no puedo, por mas que lo procuro alcançar, que deydad defienda esta muger, que no valen nada mis artes, y astucias contra ella? Solo alcanço, que si dentro de vn año no muere, nos hemos de ver tu, è yo en la mayor afrenta, que hombres en el mundo se han visto; y no puedo entèder, sino que es grãdissima hechizera, y maga, porque aunque he procurado saber despues que estamos aqui, dõde, ò quien la ha escondido, no lo he podido alcançar

hasta oy que me ha dicho vn familiar mio, que està en el Palacio del Emperador de Alemania, muy querida, y eskimada de todos; porque vn niõo de seis años, hijo del Emperador, que la quiere mas que a su madre, a cuya causa los padres la amã ternissimamente, y lo que se ha de temer, es no descubra el Emperador quien es, y lo que le ha pasado contigo: no ay duda, que darà quẽta al Rey tu hermano, el qual desengañado, y sabida la verdad, tu moriràs, è yo no quedarè libre por averte ayudado. Diràs, como sabiendo tanto no acabo con ella? Y à esso te respondo, que contra esta muger, ni tu azero puede cortar, ni mis artes tienen fuerça, por vna sombra que la ampara, que no puedo alcançar quien se la haze, ni mis familiares tampoco; porque ay cosas, que hasta a los demõnios las oculta Dios por secretos juizios suyos, y es el emparò tã grande que tiene en ella, que aunque aora quisiera llegar a ella (como lleguè quando en casa del Duque le puse en las mangas las cartas, con que la saquè de alli, y la puse en su poder) no fuera posible; y esto es desde el dia que a la fuente te la sacaron de las manos, y en su lugar dexaron el leon, que te ha tenido en el estado que te has visto: Pues dexarla que viva, es peligroso para nosotros, que tarde, ò temprano se ha de venir a descubrir, y corremos el mismo riesgo: lo mas acertado es, procurar q̃ muera por agenas manos, y el como ha de ser, que yo te pondrè dentro del

Palacio del Emperador, y en la misma camara donde duerme con el niño Principe, quando ya el sueño los tenga a todos rendidos (que entrar yo es imposible, por esta sombra que digo que la defiende) y podráse debaxo de vna almohada vna yerva que yo te darè, que provoca a sueño, que mientras no la despertaren dormirà seis dias: y como estè asì, matale el niño, y luego ponle la daga en la mano, para que viendola asì, juzgan que ella le ha muerto, que con esto acabaremos con ella: pues claro es, que la han de mandar degollar en vengança de la muerte del Principe, con que quedarèmos libres, y si esto no se haze no ay que aguardar: mira si te parece a proposito, y si te determinas a ello, y si no, sigue tu parecer, y gusto; q̄ yo me quiero bolver a mi morada, porq̄ estoy dudoso si me guarðaràs el secreto prometido, de que me seguirá mucha perdida, quando no sea en mi vida, en mi saber, que en èl està la fuerza de mis artes, y quiero, si lo hizieras, estàr lejos del peligro, porque el dia que (aunque sea confeslandote) lo descubries, esse dia morirèmos tu, è yo, y no es la vida tan poco amable, que se de: see perder: que serà sobre averte bien servido, llevar mal galardón. Que es irte a tu morada, respondiò Federico, abraçando al Dotor, mientras yo viva no consentirè tal: y para que con mas seguridad estès, dame la mano, y palabra, de q̄ de dia, ni de noche te has de apartar de mi que yo te la doy de lo mismo: y en

quanto al secreto, te buelvo a prometer como hijo de Rey, y Principe que soy (y Rey que espero ser) de guardarte de modo, que aunque me confiesse, no confesarè lo que entre los dos passa, ha pasado, y pasará, antes no me confesarè, porque pierdas el temor. No confesarte, dixò el Dotor, fuera causar mucho escandalo, que al fin eres Christiano; y lo has de hazer, aũque no sea sino por cumplir con el mundo: Calla lo que importa, y di lo demàs, q̄ mas de dos ay que lo hazè. Asì, asì serà, dixò Federico, y vamos luego a matar esse niño, para que muera esta enemiga, ya que no puede mi azero executar en ella la rabia de mi pecho. Con esto dando orden a los criados los aguardassen allí, sin que por accidente ninguna se apartassen de aquel lugar hasta que estos bolviessen, se salieron passeando por el campo, donde aquella misma noche puso el Dotor a Federico dentro del Palacio del Emperador, y aguardando a que todos se flossagassen, yà que fue tiempo le llevó a la puerta de la camara donde Beatriz con el niño dormian, descuydada desta maldad; y dandole la yerva que avia dicho, le dixò: Entra Principe, que aqui te aguardo, y advierte, que en lo que vàs a hazer no te vâ menos que la vida: no te ciegue, ni engañe la hermosura, ni el amor desta tirana, que si te cogiera a ti como tu la tienes a ella, yo te asseguro que no te reservara. Dexamè el cargo, respondiò Federico, maravillado del gran saber del Do-

tor, que me espanto, como sabiendo tanto, no alcanças, que quando no fuera por lo que me vâ a mi, solo por tu gusto, aun a mi hermano no perdonara la vida, sino dime que se la quite, y veràs en obedecerte lo que te estimo. Afsi lo creó, dixo el Dotor, esso fera para despues, que deseo tanto verte Rey, que pienso que no hemos de aguardar a que el curso de los años se la quite: y no te espantes que tema a vn hombre enamorado en presencia de vna muger hermosa, que es vn hechizo la hermosura que a todos mueve a piedad; y porque sè tanto, sè que por amor se perdonan muchos agravios. Con esto Federico entrò, y el Dotor se quedò aguardando fuera que como llegò junto a la cama viò dos Angeles. Humanemos lo mas. Viò a Venus, y a Cupido dormidos, porque en la quadra avia luz grande. Era la crueldad de este hombre mucha, pues no le ablandò tan hermosa vista; mas no ay que espantar, que estava ya el rigor apoderado del: pufole la yerva debaxo de la almohada, y quiso hazer experiencia del saber del Dotor su amigo, y facendo la daga fue a herir a Beatriz en medio del blanco pecho, diciendo: Aora elevosa Reyna, con vna muerte me pagaràs tantas como para ti he dado, mas no fue posible poder mandar el brazo, con que satisfecho de la verdad que su Dotor le tratava, la bolviò contra el inocente Principe, y dandole tres, ò quatro puñaladas, le dexò dormido en el eterno sueño, y lue-

go poniendo a Beatriz la daga bañada en la inocente sangre en su mano, se bolviò a salir dõde hallò al Dotor, y juntos se fuerò al cãpo junto a las cabañas de los pastores, dõde Beatriz estava quando la hallò el Emperador, porq̄ alli le dixo el Dotor se avia de executar la justicia de Beatriz para verla por sus ojos, y quedar seguros della. Llegò la mañana biè triste, y desdichada para el Emperador, y todo el Imperio de Alemania, que como las criadas que asistían a Beatriz, y al Principe, vierò ser hora, entraron a la cámara, y vieron el cruel, y lastimoso espectáculo, y dando gritos fueron donde estava el Emperador y Emperatriz diziendo: Venid, señores, y vereis la tragedia de vuestro Palacio, è Imperio, que la traydora de Florinda, que afsi avia dicho que se llamava, os ha muerto a vuestro amado hijo. Los anciosos padres con tales nuevas, traspassados fuerò aver lo q̄ aquellas mugeres les decziã, que como se ofreciò a sus ojos la lastima, y dolor, empeçaron como gète sin juizio, a dar voces, mesãdo la Emperatriz sus cabellos, y el Emperador sus barbas, a cuyas voces despertò Beatriz desfavorida, que hasta entonces le avia durado el diabolico sueño; que no ay duda, q̄ si antes huviera despertado, con la misma daga que tenia en la mano, se huviera quitado la vida; que como se viò a si bañada en sangre, y al niño muerto, y que ella cõ la daga que en la mano tenia dava muestras de ser el agresora de tal delito, no hizo mas de

alçar al Cielo los ojos, bañados de tierno, y lastimoso humor, y dezir: Ya Señor veo, que desta vez es llegado el fin de mi desdichada, y perseguida vida! Y pues conozco que esta es tu voluntad, tambien es la mia; yo muero contenta de que no la devo, y de que aqui tendrán fin mis persecuciones, y cō vna muerte escuso tantas como cada dia padezco; y así mi descargo sea mi silencio, porque deseo morir, sin cōtradedir a lo que dispones. A este tiempo, yà el Emperador ciego de ira, avia mandado llamar al Governador que venido, le mãdò que tomassen a aquella muger, así desnuda como estava, y la llevassen a la misma parte donde la avian hallado, y allí le cortassen la cabeça, y q̄ ella, y la mano se pusessen en el mismo camino, con letras q̄ dixessen su delito: y dando orden que se enterrasse el Principe, èl, y la Emperatriz se retiraron a llorar la muerte del amado hijo. Sacarò a la hermosa Reyna, así desnuda como estava del Palacio, y por llegar mas presto (como hasta la parte dicha avia media legua) la entraron en vn coche, y tambien porque no la mirassen los Ciudadanos, que dando voces andavan como locos, lamentando la muerte de su Principe antes de executar la justicia, que como la vana ostentacion del mundo, hasta en los cuerpos sin alma se guarda, no pudo ser el entierro del niño tan presto, que primero no llegassen con la hermosa señora al lugar del suplicio, que como estuvie-

ron en èl, sacandola del coche, atadas las manos la pusieron en mitad de aquel campo, en medio de vn armado esquadron, para que todos los que la seguian la viessen, mientras se levantava vn alto cadalso donde se avia de executar la justicia, que muchos oficiales armavan a gran priessa. Estava la inocente, y mansa corderilla cercada de carniceros lobos con los llorosos ojos, mirando con la prissa que se disponia su muerte: llamava muy de veras a Dios, ofreciendole aquel, y los demàs martirios que avia padecido, y el traydor Federico, y su compañero entre la gente, mirando lo que tanto deseavan, quando baxando Beatriz los ojos del Cielo, donde los tenia puestos, y estendiendo la vista por el campo, viò venir rōpiendo por el tumulto de la gente a largo passo a su Defensora, y amiga, aquella hermosa Señora: que la avia dado su favor en tantos peligros como se avia visto, que como llegò le dixo: En estas ocasiones Beatriz, se conocen las verdaderas amigas, y desatandole las manos, tomandola por vna dellas, por entre toda la gente passo a passo la sacò de entre todos, hallandose Beatriz a este tiempo con los mismos vestidos que saliò de su casa, y se le aviã quedado en el Palacio del Emperador, y llevò muy distante de allí, poniendola entre vnas peñas muy encubiertas, a la boca de vna cueva, que junto a ella avia vna cristalina, y pequeña fuenteçilla, y del otro lado vna verde, y frutosa pal-

ma cargada de los razimos de su fabroso fruto; y como llegò alli le dixo la hermosa señora: Entra Beatriz dentro de esta cueva, que esta ha de ser tu morada, hasta que sea tiempo, en ella hallaràs lo que has menester, que quire Dios que por aora no comuniques con mas gente que con las boladoras aves, y simples conejuelos, y sueltos gamos, donde te hallaràs mejor que con los hombres: vive en paz, ama la virtud, y encomiendate a Dios, y acuerdate de mi, que soy la que te he sacado del aprieto en que te has visto. Ay Señora! dixo Beatriz, arrodillandose a sus pies, no os vais sin decirme quien sois, para que sepa a quien tengo de agradecer tantas mercedes, que olvidarme de vos es imposible. Aun no es tiempo que lo sepas, y diziendo esto se fue con notable ligereza, dexando a Beatriz aborta, siguiendo con los ojos sus passos, y con el sentimiento, que todas las vezes que se apartava de ella quedava, que como la perdiò de vista, se levatò, y entrò en la cueva, la qual no tenia de hueco mas de algunos veinte passos, toda era labrada en la misma peña. A vn lado della estava vna Cruz grande, labrada de dos maderos, con mucho primor, y curiosidad, y del clavo de los pies que tenia en los brazos, y los dichos sus tres clavos, estava colgado vn Rosario, y vnas disciplinas, y al pie vn pequeño lio, en que estava vn habito de gerga con su cuerda, y vna toca de lino crudo, y sobre el lio vnas Horas de

nuestra Señora, otras de oraciones en romance, vn libro grande de vidas de Santos, y enfrente desta vnas pajas, donde podia caber su cuerpo, que a lo que la santa Reyna juzgò parecia aver sido morada de algun penitente, que avia trocado esta vida llena de penalidades a la eterna; que viendo esto, desnudandose el vestido, haziendo de vn lio se puso a vn lado de la cueva, y vistiendose el grossero sacò, ciñendose la cuerda, y abriendo el dorado cabello con la cruda toca, se sintiò tan gozosa como si estuviera en el Palacio de su padre, ò esposo, no echando menos con el alimento que en la verde palma, y clara fuètecilla hallò, los regalados manjares de la casa del Duque, ni Palacio del Emperador. Dexemossa aqui comunicando a todas horas con Dios a quien dava muchas gracias, junto con su Santa Madre, de averla sacado de entre los trafagos, y engaños del mundo, pidiendoles que antes que se muriesse supiesse quien era aquella hermosa, y piadosa Señora, que la avia librado tantas vezes de la muerte, y traídola a tan sossegada vida; vnos ratos orando, y otros leyendo. Y bolvamos al lugar del suplicio, y a la Corte del Emperador, que no ay poco que dezir dellos. Acabòse de levantar el cadavhalso, que porque fuesse mas bien vista su muerte se mandò hazer; y queriendo para executar la justicia llevar a ella Florinda, que afsi la llamavan todos, comò a vn tiempo fue el ir por ella, y el llevarsela su

defensora, y vieron que de delante de los mismos ojos faltava, quedaron los engañados ministros tan asfombrados, como quando el caminante, que en noche muy obscura, caminando de repente se le ofrece a la vista vn repentino relampago, que dexandole deslumbrado, no sabe lo que se ha sucedido: assi quedaron los que al tiempo de asir de Florinda, se hallaron sin ella, mirando a vnas partes, y a otras, por ver por donde se avia ido; no quedando menos admirados que los demás. Federico, y el Dotor, no pudiendo imaginar donde se huviesse ido: Vnos dezian, aqui estava aora; otros, mirandola, sin partir los ojos della, se me ha desaparecido dellos. Estos le llamavan milagro, y aquellos encantamiento; solo el Dotor, que era el que mas espantado estava, de que de su saber se le encubriessse, dixo a Federico: Que nos cansamos, que mientras esta sombra se la hiziere a esta muger, no hemos de tener poder contra ella. Pues estando de la suerte, sin saber que hazerse, ni que disculpa darian al Emperador, vieron venir al mas correr de vn cavallo vn Cavallero de Palacio, dando voces: Que sino estava executada la justicia, se suspēdiessse, y diesssen buelta con Florinda a Palacio, que assi lo mandava el Emperador, que como llegò le dixo al Governador lo mismo; y como al tiempo de llevar a sepultar al Principe con general sentimiento de todos, avia resucitado, levantandose sano, y bueno, diciendo a

vozes: No maten a Florinda, que no me matò Florinda, antes por Florinda tengo vida; trayganme a Florinda, vayan presto, no la maten que està inocente; que no me matò sino vn traydor, por hazerla mal a ella.

Nuevas admiraciones, causò estas nuevas, y viendo que no parecia, ni por bueltas que dieron por el campo no la hallavan, bolvieron a dár quenta al Emperador de todo, que fue tanto, y tan grande su sentimiento, de que no pareciesse, como si la huvieran muerto, y mas viendo que el niño llorava tanto por ella, y dezia, que sin Florinda no queria vivir. Ida la gente quedaron solos Federico, y el Dotor, a quien dixo el Principe: Que me dizes de tales sucessos como estos, Dotor amigo? Que quieres que te diga, sino que tengo agotado el entendimiento, deshecha, y desluzida la sabiduria, por ver lo que passa; y que a mi que no se me encubre quanto passa en el mūdo, y aun lo que en las profundas cabernas del infierno ay, lo miro, y juzgo, como si estuviera en cada parte, no puedo alcançar este secreto, ni en que virtud se libra esta muger de tantos peligros como la ocasionamos tu, è yo; que sè, aunque mas lo procuro, si en virtud de Dios, ò de algun demonio se haze esto. Mirandola estava, quando se desapareció, y no vi mas, de que la encubrieron, sin saber quien, ni por aora alcanço donde està, solo sè que la hemos de bolver a ver, mas enton-

es será con gran riesgo de los dos, y aora es menester, que de nuevo tornemos, tu, è yo a prometernos, no apartarnos el vno del otro en ningun tiempo, ni ocasion, porque vnidas nuestras fuerças no le basten las fuyas contra nosotros, y que demos la buelta a Vngria, por aliviar la pena que tu hermano, y todo el Reyno tiene por ti, y alli obraré cõ mas fuerça, y folsiego de mis encantos, para ver si pudiessimos obrar contra ella, antes que ella contra nosotros; y en caso que no se pueda hazer, será lo mas acertado, quitar a tu hermano la vida con alguna confeccion que le demos, q̄ siendo tu Rey, poco podrá contra ti. Parecióle bien a Federico el consejo del Dotor, y dandole de nuevo palabra de no apartarle de si en ningun tiempo, ni de noche, ni de dia, se fueron donde avian dexado los criados, y de alli a Vngria, dõde hallaron al Rey bien penado por no haber nuevas de su amado hermano, y todo el Reyno muy triste, no sabiendo de su Principe, y por su venida hizieron grandes fiestas, que como el Rey no se queria casar, tenían todos puestos en èl los ojos; y q̄ aunque le conocian mal inclinado, era en fin hijo de su Rey, y hermano del que tenían. Ocho años estuvo Beatriz en la cueba, sin que el mal Dotor pudiese en todos ellos descubrir donde estava, y ella tã contenta en aquella morada, gozando tan quieta, y pacifica vida, que yã no se le acordava del Reyno, ni esposo, sin que persona humana en todo este

tiempo viesien sus ojos. Toda su compañía eran simples conejuelos, y medrosos gamos, con tiernas ceruaticillas, que estavan tan hallados con ella, que se le venía a las manos, como si fuerã mãs cachorrillos, gozãdo de la alegre musica de las aves, cõ quien se deleytava, y entretenia; solo sentia mucha pena, de no aver visto en todos estos años su amada amiga, y defensora, aquella hermosa Señora, a quien tanto devia, que casi amara el verse en peligro por tornarla a ver: quando vna mañana, al empezando a reir el Alba, estando durmiendo, se oyò llamar de la misma fuerte que quãdo estava sin ojos entre las peñas, diziendole, Dios te salve Beatriz amiga, a cuya voz abriendo los soñolientos ojos, viò junto a si a su querida, y amada defensora, y levantandose despavorida, y alegre se arrodillò delante de ella, diziendõ con lagrimas de alegria: Ay, Señora mia, y que largo tiempo ha que no os veo, como os aveis olvidado de mi, sabiendo como quien tanto sabe, las ansias que por veros he tenido? Dezidme, como no me aveis venido a ver, que a saber yo donde os pudiera hallar, no me huviera detenido en buscaros? Yo, respondiò la Señora, nunca me olvido de quien verdaderamente me ama; que aunque tu no me has visto, yo te he visto a ti, mas como hasta aora no te has visto con necesidad de mi favor, no he venido a que me veas; y porque yã es tiempo que los deseos que tienes de saber quien soy se cumplan, an-